

dos corpóreos, y eso es modo y propiedad de su naturaleza. Son suficientes, hábiles y proporcionados para lo que fueron criados; pero no son suficientes para detener las cosas transitorias que van corriendo desde el principio que les corresponde hasta el fin que les está señalado. Porque en vuestra eterna palabra por quien fueron criados, están oyendo que se les manda y dice: *Desde aquí comenzaréis, y llegaréis hasta allí.*

NOTA.

¹ En las ediciones anteriores á la del P. J. M. se lee de otro modo este pasaje, pues dice: *Etenim omnia senescunt, et omnia intereunt*; pero en la citada edicion, que es conforme á los mss., se añade la negacion: *Et non omnia senescunt, et omnia intereunt*. Seguimos esta leccion, ya por ser mas conforme á los mss., ya porque nos parece mas absoluta y universalmente verdadera. La cual sentencia puede entenderse de dos modos: el uno es aplicando la negacion á la primera parte de la sentencia, y no á la segunda, haciendo entonces este sentido: *No todas las cosas se envejecen* (porque muchas acaban antes de envejecerse), *pero todas acaban*. El otro es aplicando la negacion á toda la sentencia, y entendiéndola de las criaturas espirituales, v. g. de los Ángeles y del alma racional, que

no se envejecen ni acaban; y tambien de los cielos aunque materiales y corpóreos.

CAPÍTULO XI.

Que todas las cosas criadas son mudables, y solo Dios es inmutable.

16. No quieras, alma mia, hacerte vana siguiendo la vanidad, cuyo ruidoso tumulto hará ensordecen los oidos de tu corazon. Oye tú tambien al mismo Verbo eterno, que clama y te da voces para que vuelvas á él, donde está el *lugar* de tu quietud inalterable, en que nunca el amor se verá dejado ni despedido, si él mismo no deja ó se despide primero. Atiende á la mudanza de todas las criaturas, que unas dejan de ser para que en su lugar sucedan otras, y así conste de todas sus partes sucesivamente este inferior universo. ¿Por ventura, dice el Verbo divino, yo me ausento ó me mudo á alguna otra parte? Pues fija allí, alma mia, tu mansion, y entrega allí cuanto tienes (pues de allí lo tienes), siquiera despues de verte fatigada con tan repetidos engaños. Vuelve á dar á la

Verdad todo cuanto posees, pues de ella lo has recibido; y así lo tendrás mas asegurado sin pérdida alguna; antes cobrará nuevos verdores y refloreceá lo que esté seco y marchito, se curarán todas tus enfermedades, y cuanto hayas perdido y disipado se reformará, se renovará y se volverá á unir estrechamente contigo; y en lugar de arrastrarte tras de sí todo lo caduco, y hacerte bajar hacia la nada, á donde ello camina; todo será estable, firme, y permanecerá contigo estando unida tú á Dios, que siempre permanece y eternamente es estable.

17. ¿Para qué, pervirtiendo el orden que debe haber entre el cuerpo y el espíritu, sigues tú á tu carne? Ella es la que convertida y reducida á buen orden te debe seguir á tí. Quanto por medio de ella sientes y percibes, es una parte no mas, y estás aun ignorante del todo que se compone de estas partes; y no obstante eso te deleitan. Si tus sentidos corporales estuvieran dispuestos y proporcionados para sentir y percibir el todo; si para que se contentasen con parte del universo no tuvieran tan tasados los límites que justamente se les han señalado y puesto para tu

pena y castigo; tú misma quisieras que pasara lo que existe de presente, para recibir mayor complacencia con todas las cosas juntas. Porque con uno de los sentidos del cuerpo oyes lo que hablamos; y por cierto que no quieres tú que las sílabas se paren y detengan, sino que pasen y vuelen, para que llegando las otras que se siguen puedas oirlas todas. Lo mismo sucede en todas aquellas cosas que son compuestas de partes que no existen todas á un tiempo, en las cuales mas deleitaria el todo, si fuera posible sentirle ó percibirle de una vez, que cada parte de por sí. Pero muchísimo mejor que estas cosas es el que las hizo todas, y este mismo es nuestro Dios, que no pasa ni se aparta, ni cosa alguna hay que le suceda.

CAPÍTULO XII.

Que no es malo el amar las criaturas, con tal que en ellas amemos á Dios.

18. Si te agradan los cuerpos, toma de ellos motivo para alabar á Dios, y haz que el amor que les tienes, vuelva y llegue hasta

su Criador; no sea que en las cosas que te agradan á tí le desagrades tú á él.

Si te agradan las almas, ámalas en Dios; porque aun ellas son mudables, y solo fijas en él tienen firmeza y estabilidad; y de otra suerte faltarian y perecerian. Ámalas, pues, en él, y lleva contigo hácia él cuantas pudieres, y díles: Amemos á este Señor, amemos á este, que hizo todas estas criaturas, y no está léjos de ellas. Porque no las hizo, y se fué; antes bien el mismo ser que les dió, le conservan estando ellas en él.

Vé ahí donde él está, en el alma á quien gusta la verdad. Está en lo íntimo del corazón; pero nuestro corazón se ha extraviado y alejado de él. *Pues volved á entrar en vuestro corazón, prevaricadores, y uníos estrechamente á vuestro Criador. Permaneced en él, y seréis permanentes. Descansad en él, y gozaréis de un verdadero descanso.*

¿Á dónde vais por esos derrumbaderos escabrosos? ¿á dónde vais á parar? El bien que buscáis y amais proviene de él; pero ¿qué bondad hay comparada con la suya? Este bien es suave y dulce; pero justamente se volverá amargo, porque injustamente se

aman dejando á Dios las criaturas que dimanan de él.

¿Para qué insistir todavía en andar por caminos difíciles y penosos? No está el descanso en donde le buscáis. Buscad lo que deseáis, pero sabed que no está donde le buscáis. Buscáis la vida bienaventurada en la region de la muerte, y no está allí; porque ¿cómo es posible que haya vida bienaventurada, donde siquiera no hay vida?

19. Bajó acá á nosotros el que es nuestra misma vida, y tomó sobre sí nuestra muerte, y la mató con la superabundancia de su vida que esencialmente le es propia. Á grandes voces clamó diciéndonos: que dejado este destierro nos volvamos á él, acompañándole hasta aquel inaccesible trono, desde donde vino á buscarnos, descendiendo primeramente al seno virginal de María Señora nuestra, donde se desposó con la naturaleza humana, para que nuestra carne mortal pudiese conseguir la inmortalidad; y de allí, *como esposo que sale de su tálamo, se esforzó alegremente con ánimo gigante para correr su camino.* No se retardó ni detuvo en su carrera; antes la corrió toda, clamando con sus pala-

bras, con sus obras, con su vida, con su muerte, con su bajada al infierno y con su ascension al cielo, que nos volvamos á él. Y se apartó de nuestra vista para que volvamos sobre nosotros, entremos en nuestro corazon, y le hallemos; pues aunque se fué, siempre está aquí con nosotros. No quiso estar largo tiempo con nosotros descubiertamente, pero no nos ha dejado. Volvióse á aquella parte de donde nunca se retiró: pues desde allí crió el mundo, que *fue hecho por él, y en el mundo estaba, cuando vino al mundo á salvar á los pecadores; al cual bendice y confiesa mi alma, y él la sana de los pecados con que le ha ofendido.*

¿Hasta cuándo, hijos de los hombres, habeis de tener el corazon empedernido y pesado? ¿Es posible que aun despues de haber dejado la vida á vosotros, no querais ascender y vivir con quien es la vida vuestra? Pero ¿á dónde subís, cuando soberbios os levantais para poner vuestras bocas en el cielo? Bajad para que subais, y subid tanto que llegueis á Dios; porque verdaderamente caísteis, subiendo contra él.

Diles estas cosas, alma mia, para que llo-

ren en este valle de lágrimas, y de este modo los lleves contigo á Dios: díselas movida de su divino Espiritu, ardiendo tú en el fuego de su amor y caridad.

CAPÍTULO XIII.

De dónde nace el amor.

20. Todas estas cosas las ignoraba yo entonces, y amaba estas hermosuras inferiores de acá abajo, y me iba á lo profundo, diciendo á mis amigos: «¿Amamos porventura algun objeto á no ser que sea hermoso? Pero ¿qué es ser hermoso? ¿y en qué consiste la hermosura? ¿qué es lo que nos atrae y aficiona á las cosas que amamos? Porque si no hubiera en ellas gracia y hermosura, de ninguna manera nos moverian á su amor.»

Yo advertia y veia en los mismos cuerpos, que alguno de ellos era como un todo perfecto, y por eso era hermoso, y que otro, por tanto era decente y agradable, porque se acomodaba á alguna otra cosa, á la cual era muy apto y conveniente; como una parte del

cuerpo es conveniente á su todo, y como el calzado al pié, y otras cosas á este modo. Esta consideracion que brotó en mi alma naciendo de lo íntimo de mi corazon, me obligó á escribir los libros de lo *Hermoso*, y de lo *Conveniente*, que me parece fueron dos ó tres. Vos, Dios mio, lo sabeis, que yo no me acuerdo: porque ni los tengo, ni sé cómo se me han perdido.

CAPÍTULO XIV.

Como dedicó los libros de lo Hermoso y de lo Conveniente á Hierio, orador romano, y del motivo por que amaba á dicho Hierio.

21. Pero ¿qué fue, ó mi Señor y mi Dios, qué fue lo que me movió á dedicar aquellos libros á Hierio, orador de la ciudad de Roma, á quien no conocia de vista; sino que le amaba por la fama de su doctrina, que era grande, y porque habia oido algunos dichos suyos que me habian agradado? Y me agradaba mucho mas, porque agradaba á otros muchos que le alababan sobremanera, admirándose de que un hombre sirio de nacion,

despues de haberse hecho docto en la elocuencia griega, hubiese salido tan admirable orador en la latina, además de su vastísima erudicion en todas las materias concernientes al estudio de la sabiduría.

Si es alabado algun hombre, se le ama aunque esté ausente. ¿Por ventura aquel amor, saliendo de la boca del que alaba, se introduce al corazon del que oye la alabanza? No por cierto; sino que de un amante se enciende otro. De aquí nace ser amado el que es alabado, cuando se cree que las alabanzas no nacen de un corazon falaz y doloso, esto es, cuando le alaba quien le ama.

22. Así amaba yo entonces á los hombres, gobernándome por el juicio de los otros hombres: no por el vuestro, Dios mio, en el cual nadie se engaña. Pero ¿por qué este amor no era como el que se tiene al que en el circo se distingue en manejar y correr caballos, ó al que en el anfiteatro sobresale en luchar con las fieras¹, siendo uno y otro famoso y celebrado por las aclamaciones del pueblo; sino que muy de otro modo, y mucho mas sería y gravemente era alabado por mí y amado aquel orador, y del mismo mo-

do que quisiera yo que me alabaran á mí? Pues es muy cierto que no quisiera yo ser alabado y amado, como lo son los cómicos, aunque yo mismo los alababa y amaba; antes por el contrario, mas quisiera ser eternamente ignorado y desconocido, que ser famoso y celebrado de aquel modo; y antes eligiera ser aborrecido de todos, que ser amado como ellos.

¿Dónde se distribuyen *estos pesos* que inclinan y llevan á tan varios y diferentes amores á una misma alma? ¿Qué viene á ser lo que yo amo en otro hombre, que por otra parte lo aborrezco en mí (que si no le aborreciera, no lo detestaría y desecharia de mí), no obstante que el otro es hombre como yo? Mengua seria el decir, que al modo que se ama un buen caballo, sin que el mismo que le ama quiera ser caballo, aunque pudiera, así se ame tambien al comediante, porque este es hombre, y de nuestra misma especie.

Pues ¿cómo amo en el hombre lo que aborrezco yo ser, siendo yo tambien hombre? Insondable, profundo es el mismo hombre, cuyos *cabellos teneis Vos, Señor, contados*; sin que uno tan solo se os escape: y si no es fá-

cil contar sus cabellos, mucho menos las afecciones y movimientos de su corazon.

23. Mas aquel orador era tal que yo le amaba, queriendo ser como él era; en lo que andaba perdido por mi soberbia, y me dejaba llevar del viento de la vanagloria; mientras que Vos ocultísimamente me gobernábais sin conocerlo yo.

¿Y de dónde sé y os confieso con tanta certidumbre que el amor que yo tenia á aquel hombre, mas se fundaba y nacia del amor que le tenian los que le elogiaban, que de las mismas prendas por que era celebrado? Porque si en lugar de elogiarle le hubieran vituperado aquellos mismos sujetos, y refirieran aquellas mismas cosas con menosprecio y vilipendio suyo, no me hubieran movido ni excitado á amarle; no obstante que las cosas que se contaban de él eran las mismas, y el sujeto tambien era el mismo, y solo hubiera sido diferente el afecto de los que las referian.

Mirad, Señor, en lo que viene á caer un alma vacilante que todavía no está firme en el sólido cimiento de la verdad. Segun sopla-
plaren los aires de las lenguas, afectos y opi-

niones de los hombres, así ella es llevada y traída, arrojada y rechazada, oscureciéndose de tal suerte la luz, que no se ve la verdad; siendo así que la tenemos presente y delante de nosotros.

Para mí era una gran cosa que un hombre como aquel llegase á tener noticia de aquellos libros y de mis ocupaciones y estudios. Y si él los diera por buenos y los aprobara, me encenderia mucho mas en su amor; como al contrario si los reprobara, seria una herida mortal para un corazon tan vano como el mio, y tan falto de aquella solidez que no se halla sino en Vos.

Entre tanto yo me deleitaba en repasar dentro de mi alma aquellos tratados de lo *Hermoso y Conveniente*, que le habia dedicado y remitido, y teniéndolos muy presentes en mi memoria para contemplarlos, los admiraba á mis solas, sin que ninguno me acompañase á alabarlos.

NOTA.

¹ De los tres mas comunes géneros de diversiones ó juegos públicos que tenian y usaban los ro-

manos, y que se comprenden en el nombre comun y general de espectáculos, hace aquí mención san Agustin. Primero habla de los que corrian caballos, que se hacia en el circo, y por eso tambien se llamaban circenses estos juegos; luego nombra á los que peleaban con diferentes fieras, lo cual era en el que llamaban anfiteatro; y finalmente á los histriones ó representantes, que hacian sus representaciones en el teatro. Todos estos sitios eran entre sí muy diversos, así como los fines á que servian, y los sujetos que en ellos se empleaban. Lo que hace mas al caso por ahora para mejor inteligencia del Santo es que todos ellos los ejecutaban personas viles é infames entre los romanos, porque los dos primeros los ejecutaban solamente los esclavos, los gladiadores y los reos condenados á muerte. El espectáculo del anfiteatro, ó lucha con las fieras (de lo que es un remedo la bárbara fiesta de toros, desterrada ya de todo el orbe cristiano y político, menos de España) se daba al pueblo romano, dice el P. J. M., para acostumbrar y familiarizar con la sangre los ojos de los espectadores, y hacerlos así crueles y feroces, inspirando en los jóvenes una grande emulacion y deseo de hacer otro tanto como aquellos; que eran aplaudidos y alabados cuando triunfaban de aquellas fieras. Dice que eran todos infames entre los romanos; porque los histriones ó representantes no lo eran entre los griegos; antes bien eran entre ellos muy distinguidos y honrados, porque representaban las acciones y hazañas (fingidas ó verdaderas) de sus héroes y sus dioses; y como dice el mismo san Agustin, era sentencia de los

griegos: *Que si aquellos dioses debian ser adorados, aquellos hombres debian ser honrados: Si dii tales colendi sunt, profectò etiam tales homines honorandi sunt.* Lib. 2 de Civ. Dei, cap. 13.

CAPÍTULO XV.

Por estar oscurecido su entendimiento con las ideas ó imaginaciones corpóreas, no podia alcanzar á conocer las criaturas espirituales.

24. Mas como yo, ó Dios mio todopoderoso, único autor de todas las maravillas, como yo no veia aun en el arte de vuestra sabiduría el principio y fundamento de todo aquel grande asunto, iba corriendo mi ánimo las formas corpóreas, y definia lo *Hermoso*, distinguiéndolo de lo *Conveniente*, diciendo: Que aquello era lo que por sí mismo agradaba; y estotra era lo que solamente agradaba por el respecto que tenia á alguna otra cosa, lo cual confirmaba con varios ejemplos tomados de cosas corporales. Pasé de aquí á considerar la naturaleza de nuestra alma; pero la falsa opinion de que estaba preocupado acerca de las criaturas y cosas espiri-

tuales, no me dejaba conocer claramente la verdad. Veniaseme á los ojos con bastante ímpetu la fuerza de la verdad; y yo apartaba mi vacilante pensamiento de todo lo incorpóreo, empleándole en considerar lineamientos, colores y cosas corpulentas y abultadas. Y no pudiendo hallar en mi alma semejantes cosas, me parecia que no me era posible ver y conocer á mi alma.

Y como yo amase en la virtud la paz, y aborreciese en el vicio la discordia, notaba en aquella una especie de *unidad*, y en estotra una cierta *division*. Y en aquella *unidad* me parecia que consistia el alma racional, y la naturaleza de la verdad y la del sumo bien. Y en esta *division* pensaba yo, desventurado de mí, que consistia no sé qué sustancia de vida irracional, y la naturaleza del sumo mal, que no solamente era sustancia, sino tambien verdadera vida, pero no criada por Vos, Dios mio, que habeis criado todas las cosas. Á la primera la llamaba *unidad*, como que era un solo espíritu sin distincion de sexo; y á la segunda la llamaba *cualidad*, porque la subdividia en ira y en intemperancia, atribuyendo á aquella los delitos y á estotra los vi-

cios, sin saber en esto lo que me hablaba. Porque ni sabia ni habia llegado á comprender, que el mal no es sustancia alguna, ni nuestra alma puede ser el bien sumo é incommutable.

25. Así, pues, como es cierto que el cometerse unos delitos proviene de que el principio de los movimientos del alma está viciado, y prorrumpe en sus acciones sin guardar orden ni moderacion; y que otros delitos provienen de la inmoderada inclinacion á los deleites sensuales; así tambien estando viciada la parte superior y racional del hombre, suceden los errores y falsas opiniones, que afean y manchan lo mejor y mas puro de su vida; y de este modo se hallaba entonces mi entendimiento, ignorando yo que mi alma tenia necesidad de ser ilustrada con otra luz superior, para ser participante de la verdad, y que ella por sí misma no era la naturaleza de la verdad. *Vos, Señor mio y mi Dios, sois esta luz que ilustrará mi entendimiento, y con vuestra luz se desharán sus tinieblas; pues nada tenemos sino lo que hemos recibido y participado de vuestra plenitud. Vos sois la verdadera luz que ilumina á todo*

hombre que viene á este mundo, porque ni en Vos puede haber la mas leve mutacion, ni la mas instantánea oscuridad.

26. Entre tanto yo me esforzaba por llegar á Vos; mas como *Vos resistís á los soberbios*, era repelido de Vos, para que solo percibiese las amarguras de lo que causaba mi muerte.

Porque á la verdad, ¿qué mayor soberbia que atreverme á decir con extremada locura, que yo era naturalmente lo mismo que Vos sois? Yo me conocia mudable; tanto, que deseando ser sábio, deseaba mudarme de malo en bueno; y no obstante, mas queria que á Vos os tuviesen por mudable, que el que á mí me juzgasen de otra naturaleza que la que Vos teneis.

Por eso era repelido de Vos, que resistíais al vano orgullo y engreimiento mio. Me ocupaba en imaginarlo todo con formas corpóreas; y no obstante ser yo de carne, reprendía y acusaba á la carne, y *mi espíritu que andaba vagueando, no acertaba á volverse á Vos*: antes iba extraviándome mas y mas hácia las cosas que ni tienen ser en Vos, ni en mí, ni en cuerpo alguno; y que bien léjos

de ser obras que producía vuestra verdad, eran fingidas por mi vana imaginación, á semejanza de las que veía en otros cuerpos.

Como ignorante y hablador que era, decía á vuestros pequeñuelos fieles y convecinos míos, de cuya virtud y fe estaba yo muy léjos: *¿en qué consiste que yerre una alma que ha criado Dios?* Y no quería que á esto se me replicase, diciendo: *Y Dios ¿cómo puede errar?* Mas quería confesar que vuestra sustancia inmutable erraba violentada, que el que la mía siendo mudable errase voluntariamente, confesando que erraba en pena y castigo suyo.

27. Tendría yo veinte y seis ó veinte y siete años de edad, cuando escribí aquellos libros, revolviendo en mi imaginación las ideas y fantasmas corporales, que no cesaban de hacer ruido á los oídos de mi corazón: los que yo procuraba aplicar, ó Verdad dulcísima, y tener atentos al sonido de vuestra interior melodía, meditando en lo *Hermoso* y en lo *Conveniente*; pero deseando permanecer en esta atención para oiros y alegrarme mucho por escuchar la voz del *Esposo*, no podía conseguirlo; porque las voces de mi

error me arrebataban hácia fuera, y con el peso de mi soberbia caía hácia lo mas bajo. Porque Vos, Señor, no dábais á mi oído gozo ni alegría, ni se alegraban mis huesos, porque no eran humillados.

CAPÍTULO XVI.

Como entendió por si mismo las categorías ó predicamentos de Aristóteles, y los libros de las artes liberales.

28. ¿Y de qué me servía, que teniendo veinte años no cabales, y viniendo á mis manos aquella obra de Aristóteles, intitulada: *Las diez categorías ó predicamentos* (obra que el maestro de retórica que yo tuve en Cartago, y otros tenidos por doctos, citaban y alegaban con un tono enfático y misterioso, haciéndome con esto suspirar por dicha obra, como por una cosa muy excelente y divina), la leí yo á mis solas, y la entendí perfectamente por mí mismo? Y habiendo conferenciado con otros, que apenas habían podido entender dichas categorías, como ellos confesaban, no obstante que se las habían ex-

plicado maestros muy eruditos, ya de palabra, ya por medio de muchas figuras y descripciones que para explicárselas hacian en la arena; nada me pudieron añadir de nuevo sobre lo que yo por mí mismo habia comprendido solamente con leerlas.

Y á la verdad, me parecieron bastante claras dichas categorías; que se reducen á tratar de las sustancias; como es el hombre, y de las cosas que en ellas se contienen, como la figura del hombre; qué cualidades tenga; cuánta sea su estatura, y cuántos piés tenga de alto; cuál sea su linaje, y de quién sea hermano; en qué lugar esté; cuándo nació; si está en pié ó sentado; si calzado ó armado; si hace algo ó si padece; y generalmente todo lo que se comprende en estos nueve géneros ó predicamentos, de lo que he puesto algunas cosas por modo de ejemplo; y tambien en el primer género de la sustancia, donde son innumerables las cosas que se contienen.

29. Pues ¿de qué me aprovechaba esto, cuando verdaderamente me dañaba? Porque juzgando yo que todo cuanto existe y tiene ser debia estar comprendido necesariamen-

te en aquellos diez predicamentos; tambien á Vos, Dios mio, que sois infinitamente simplicísimo é incommutable, os queria comprender en ellos, y procuraba entenderos de tal modo, como si fuérais Vos el sujeto en que se sustentaba vuestra grandeza y vuestra hermosura, y estas estuviesen en Vos como en sujeto, al modo que están en el cuerpo; siendo Vos mismo vuestra grandeza y vuestra hermosura; lo que no sucede en el cuerpo, que no es grande ni hermoso en cuanto es cuerpo, pues aunque fuera menos grande y menos hermoso, no por eso dejaria de ser cuerpo.

Así lo que yo imaginaba de Vos, todo era falsedad: ficciones eran de mi miseria, no verdades sólidas y correspondientes á vuestra suma felicidad. Se vió cumplido en mí lo que Vos habíais mandado, diciendo, *que la tierra produjese para mí cardos y espinas*: y que no pudiese llegar á recibir y tomar mi propio sustento, sino á costa de sudor y trabajo.

30. ¿Y de qué me servia tampoco, que leyese y entendiese por mí mismo, y sin necesitar de maestro que me los explicase, to-

dos los libros de las artes que llaman liberales cuantos pude haber á las manos, si me hallaba entonces delincuente esclavo de mis desordenados apetitos, y aunque me deleitaba en aquellos libros, ignoraba de dónde provenia todo lo que tenian de verdadero y cierto? Porque yo tenia las espaldas vueltas á la luz, y el rostro á las cosas donde la misma luz reverberaba; y así mi rostro que miraba los objetos iluminados, se quedaba sin ser iluminado él mismo.

Bien sabeis, Señor Dios mio, que sin dificultad y sin que hombre alguno me enseñase, entendí cuanto andaba escrito de retórica, de lógica, de geometría, de música y aritmética; porque la prontitud en el entender, y la agudeza en el discenir, es dádiva especial vuestra, aunque yo no os ofrecia por ello sacrificio de alabanzas. Y así no me servia de mi ingenio tanto para mi provecho, como para mi daño; pues queriendo tener á mi disposicion tan buena porcion de las riquezas de mi alma, y usar de ellas á mi arbitrio, *no referia ni ordenaba á Vos aquel talento y fortaleza mia: antes apartándome de Vos me fuí, como el hijo pródigo, á una remota*

region á malgastar aquella hacienda mia en tan indignos empleos, como me han dictado mis pasiones y apetitos. Porque ¿de qué me servia una cosa tan buena, como los talentos que Vos me habíais dado, si yo no usaba bien de ella? Ni yo creia que aquellas artes y ciencias las aprendiesen otros con mucha dificultad, no obstante ser ingeniosos y aplicados, hasta que intenté explicárselas, y entonces conocí que el mas hábil y excelente en ellas, era el que menos tardaba en entenderme cuando se las explicaba.

31. Mas ¿de qué me servia todo esto, cuando yo juzgaba que Vos, Señor Dios mio y verdad eterna, érais un cuerpo luminoso é infinito, y que yo era un pedazo de aquel cuerpo? ¡Extraña perversidad! Pero así era yo. No me avergüenzo, Dios mio, de confesar las misericordias que habeis obrado en mí, y de alabaros por ellas; pues no me avergoncé entonces de publicar á los hombres mis blasfemias, y de ladrar contra Vos.

Pues ¿de qué me aprovechaba entonces un ingenio tan pronto para todas aquellas ciencias, y haber explicado tantos libros, y

tan enredosísimos y dificultosos, sin que ningún hombre me enseñase á mí, ni me ayudase á entenderlos y explicarlos; si en la doctrina de la piedad y religion erraba tan feamente y con tan sacrilega torpeza? ¿ó qué daño era para vuestros pequeñuelos su ingenio mucho mas tarde; una vez que no se apartaban léjos de Vos, para que en el nido de vuestra Iglesia estuviesen seguros hasta echar plumas y criar alas de caridad con el alimento de la sana doctrina de la fe?

Ó Dios y Señor nuestro, *espéremos en el abrigo y proteccion de vuestras alas*: defendednos con ellas y sobrellevadnos. *Vos llevaréis á los pequeñuelos, y los sustentareis sobre vuestras alas toda su vida hasta la vejez. Porque cuando Vos sois nuestra firmeza*, entonces es firmeza verdadera, y estamos verdaderamente firmes; pero cuando solo hay firmeza nuestra, es enfermedad y flaqueza. Todo nuestro bien está en Vos siempre; y por eso el habernos apartado de Vos, es habernos pervertido. Pues volvamos ya, Señor, á Vos, para que no nos acabemos de perder; vive en Vos sin defecto alguno todo nuestro bien

que sois Vos mismo; y no tememos que nos falte lugar á donde volver, por haber caido de él nosotros; pues con nuestra caida no se arruinó nuestra casa, que es vuestra eternidad misma.